

Alergia a los libros

*Riesgos de la lectura
obligatoria*

Tántalo



No hay varita mágica, al menos no la hemos encontrado, para que con su toque nos permita que de forma extraordinaria, radical e inmediata, todos los habitantes se conviertan en empedernidos lectores. Por el contrario, algunas técnicas pueden ser contraproducentes. Las lecturas obligatorias están de más. Sugerir varios títulos, entre los que poder elegir, posiblemente sea más apropiado y acertado.

Yo no tengo hijos, y el trabajo en la biblioteca no siempre me permite estar al día en algunos asuntos. Además de las revistas especializadas, procuro hablar con los hijos de los amigos o familiares adolescentes sobre qué tipo de libros leen y si les gustan o no.

Estando de visita en mi pueblo, le pregunto a Irene (estudiante de segundo de Bachillerato) qué cantidad de libros y qué títulos y autores les mandan leer. También me intereso por la forma que tienen en el Instituto de comentar las obras. Para mi sorpresa, me dice que la profesora de Literatura les hace un examen tipo test. Inicialmente me cuesta creerlo, en parte porque Irene es mujer de lectura y mucha imaginación. No me extrañaría que estuviera describiendo alguna de ellas. Me cuesta salir del asombro. ¿Cómo pueden hacer exámenes tipo test para averiguar si los chavales han leído las novelas que les mandan? Supongo que por una razón de comodidad. De esta forma, los docentes ahorran tiempo en corregir exámenes, una tarea repetitiva y monótona.

Comprobado que Irene dice la verdad, que no es fantasía lo que me cuenta, no puedo evitar dar a conocer mis reflexiones.

En un artículo anterior ya hablamos del problema de la especialización, que considero alienante. Adelanto que no soy ni profesor ni psicólogo, ni pretendo corregir las tareas que no realizo a diario. Lo que deseo es poner el tema a discusión.

Uno de los asuntos que más nos preocupan a los bibliotecarios es el de los índices de lectura. Parece nuestro talón de Aquiles. Una constante en nuestra profesión, como si se tratara de descubrir la piedra filosofal, es la de pretender que la lectura sea un hábito diario. Es lógico que nos inquiete el asunto porque de ello depende, en parte, el que podamos seguir desarrollando nuestra tarea, de la que dependemos para poder vivir. Pero no es lo único. También nos preocupa desarrollar una particular visión del mundo, una actitud ante la vida compleja y rica. Desde que hacemos uso de la escritura, podemos conocer la cotidianidad de la gente de otros pueblos o civilizaciones, saber sobre distintos ámbitos, épocas y lugares sin necesidad de estar presentes. Y la pasión por este conocimiento la queremos hacer extensible a todos.

El hábito lector en España es muy bajo si lo comparamos, por ejemplo, con los países nórdicos. Influyen múltiples factores, y según el enfoque desde el que se estudie, se incide más en unas cuestiones u otras: personales, sociales, educativas, económicas, psicológicas, ambientales... Con un cierto sentido común, se ha apuntado que la poca atracción por la lectura en nuestro país se debe al



clima, al sol radiante que durante tantos días del año ilumina las avenidas de pueblos y ciudades. Es difícil determinar el peso específico que este factor pueda tener. Si analizamos más detenidamente el asunto quizás lo veamos de otra forma. Considerando que la premisa planteada es cierta, cualquier actividad que requiera estar recogido en el interior del hogar, sería similar. La atracción por la calle es mayor si el placer que esta proporciona es más pronunciado que el de las páginas de un libro o de cualquier otra tarea que se realiza en el salón de casa. No siempre esto es así. El número de horas que los españoles se pasan delante del televisor (que precisamente no se suele ver tomando el sol) desmiente esta teoría. Si el clima nos hace vivir al aire libre, volcar nuestras actividades en el exterior, ¿qué provoca que los españoles pasen tanto tiempo ante la tele y no ante un libro? Si en Finlandia, donde la climatología es muy adversa para estar a la intemperie, las horas dedicadas a la lectura es superior a las que pasan sus ciudadanos ante el televisor, el hecho de que aquí sea al revés, parece que tiene motivos diferentes al del clima.

Sin ánimo de mostrar la ruta, porque no existe, pienso que es más sensato iniciar la andadura de la lectura vinculándola con el placer.

La literatura clásica, que nos plantea cuestiones universales y eternas, no tiene por qué ser amena para un joven que se está iniciando en ella, que no está familiarizado con las formas expresivas de otras épocas. Vista como un placer, no parece que lo más adecuado sea elegir novelas de la Edad Media, aunque sean obras maestras, para quienes comienzan su andadura por estas lides.

Cuando leemos un texto, no se trata de reproducir lo que dice (información), aunque es importante para comprobar si se ha leído, sino de que interpretemos lo que nos quiere transmitir su autor (conocimiento), que puede diferir de unos sujetos a otros. Las preguntas tipo test pueden ser conceptuales o banales, como también pueden serlo aquellas que nos piden desarrollar un tema. Mientras que en las primeras no existe otra opción que marcar la casilla correcta, en la segunda podemos expresar, con mejor o peor acierto, lo que hemos aprendido de la obra leída, o incluso cuestionar si la pregunta es adecuada o una solemne tontería. En una clase de Lengua o Literatura, además de la comprensión lectora está el aprendizaje de la expresión, que difícilmente se puede conseguir con las preguntas tipo test, porque sencillamente el hecho de marcar con una X la respuesta adecuada no posibilita al alumno desarrollar su facilidad de palabra.





AUTOR: Tántalo.

ILUSTRACIONES: Rodríguez, José Luis (Ric).

TÍTULO: *Alergia a los libros. Riesgos de la lectura obligatoria.*

RESUMEN: A partir de una anécdota contada por una alumna de Bachillerato sobre los exámenes tipo test que la profesora de Literatura les hace para saber si han leído las obras literarias, el autor reflexiona sobre los errores que se pueden cometer en la iniciación en la lectura. Una práctica docente errónea puede acabar siendo contraproducente e irreversible.

MATERIAS: Bibliotecas Escolares / Lectura / Promoción de la Lectura.

También pudiera ocurrir que si los libros son los mismos de todos los años para el curso en cuestión, las preguntas que ponga el profesor sean las mismas. Y si los alumnos se dan a conocer las preguntas de unos cursos a otros, pueden acabar respondiendo como papagayos sin haber leído el libro. Si entramos en esta dinámica, se pueden reproducir los mismos errores que se vienen repitiendo en los exámenes de las oposiciones. Se sabe marcar las respuestas adecuadas aunque no se conozca el tema. Imaginemos que, ya dentro de este círculo, a los profesores se les ocurra hacer preguntas como la que siguen:

¿Qué capítulo de *Paradiso*, de Lezama Lima, está dedicado al erotismo?:

- El tercero
- El octavo, al igual que la otra obra cubana, *La nada cotidiana*, de Zoé Valdés.
- Toda la obra es erótica.
- Ninguno de ellos.

¿Puede alguien decir para qué sirven este tipo de preguntas? Cualquiera que haya leído esta obra maestra de la literatura del siglo XX podrá saber que tener que contestar a estas cuestiones es un insulto a la inteligencia.

Decía Machado que *no hay camino, que se hace camino al andar*. Sin ánimo de mostrar la ruta, porque no existe, pienso que es más sensato iniciar la andadura de la lectura vinculándola con el placer. Si se asocia el leer con la tortura, casi seguro que le hemos suministrado al alumno una vacuna para que tenga alergia a los libros durante toda su vida. Cualquier lector sabrá si esto es cierto por su propia experiencia. Si a los jóvenes les damos a elegir entre obras atractivas, actuales, que por el tema sean de su interés, a la larga tendremos posibles lectores habituales. Para saber si han leído o no, se puede dedicar una clase a comentar el texto entre todos, propiciando su participación y expresión sobre la obra leída, cada uno aportando su particular visión. Lo que es enriquecedor y placentero.

No he podido investigar si las preguntas tipo test sobre obras literarias es una práctica extendida entre los docentes. Espero que no. Tampoco deseo que este artículo les dé ideas para hacer justo lo contrario de lo que proponemos. ■